

El papel político de la delegación del CSIC en Catalunya (1941-1956)

Antoni Malet *

Arbor CLX, 631-632 (Julio-Agosto 1998), 413-439 pp.

Aunque el Consejo Superior de Investigaciones Científicas fue una institución fundamental para la vida intelectual y científica del, y durante el franquismo, sigue gozando de una casi completa invisibilidad en la historiografía. Este artículo quiere analizar el papel político que desempeñó el Consejo como instrumento especialmente útil para enfrentarse al catalanismo. Por una parte sirvió para desarmarlo institucionalmente, y por otra para neutralizar la ideología catalanista, tan arraigada entre los intelectuales catalanes antes de la Guerra Civil. El CSIC desempeñó este papel de una forma bastante más sutil e inteligente que muchos críticos del franquismo reconocen.

Introducción

La Delegación del CSIC en Barcelona contaba con una serie de centros y unidades de investigación, pero en lo que sigue cuando hablemos de «la Delegación» nos estaremos refiriendo a los servicios administrativos centralizados de estas unidades, con el personal administrativo correspondiente, y muy especialmente a los responsables de la Delegación. En los primeros tiempos de la Delegación barcelonesa,

* El autor agradece sinceramente las facilidades de todo tipo otorgadas por el profesor Joan M^a Esteban, cuando estaba al frente de la Delegación del CSIC en Barcelona, para poder consultar el Archivo de la misma. Esta investigación se ha realizado con ayuda del Proyecto PB94-0696 (CAYCIT).

fundada en 1941, se pueden distinguir dos periodos. El primero, del que se conservan pocos documentos, acaba en 1948. Originalmente la dirección recaía en el historiador Fernando Valls Taberner y en una comisión de notables, pero el organigrama quedó muy alterado con la muerte de Valls en 1942. Hasta 1948 el Presidente de la Diputación Provincial aseguró la dirección política de la Delegación y Lluís Solé Sabarís (que fue Secretario entre 1944 y 1950), la académica. La segunda etapa se inicia con una profunda reorganización de cargos. El Presidente de la Delegación será desde 1948 hasta su jubilación en 1971 el sacerdote José Vives Gatell, y la Delegación contará con una Junta Permanente integrada por el Presidente, el Secretario (Santiago Alcobé de 1950 a 1964, y J.M. Casas Homs de 1964 a 1968), el Vicesecretario (Casas Homs entre 1952 y 1964) y tres o cuatro vocales. En esta segunda etapa se puede observar el funcionamiento «normal» del modelo del Consejo diseñado por Albareda, un funcionamiento interesante por lo que revela sobre los mecanismos de control del equipo dirigente del CSIC sobre aquella vasta institución, pero que no podremos discutir aquí por falta de espacio.

El desembarco del CSIC en Barcelona (1941)

El principal artífice de la creación de la Delegación del CSIC en Barcelona parece haber sido Fernando Valls Taberner (1888-1942). Hijo de una acaudalada familia, Valls Taberner había pertenecido a la Lliga Regionalista de Cambó y Prat de la Riba, partido con el que ganó un escaño en el Parlamento catalán en 1932 y otro en las Cortes en 1936. Fue miembro activo de l'Institut d'Estudis Catalans, al que se incorporó como adjunto en 1918 y como numerario en 1935. Al estallar la Guerra Civil huyó de Barcelona y en 1937 se sumó a la sublevación militar. En el otoño de 1937 formó parte de la «Misión cultural» que Franco mandó a América del Sur para luchar contra la República en el terreno diplomático. Desde entonces y hasta su muerte se puede decir que Valls Taberner fue uno de los más distinguidos propagandistas y agitadores culturales del nuevo régimen. Como veremos después, Valls fue capaz de articular una defensa ideológicamente consistente de su deserción del catalanismo y su conversión al franquismo ¹.

Antes de la Guerra Civil Valls Taberner fue un prolífico historiador del medioevo catalán, doctorado en los primeros años de la década de 1910 con una tesis titulada «Los Abogados en Cataluña durante la Edad Media» ². En su recepción en la Academia de Buenas Letras,

en 1920, fue saludado por el erudito Francesc de Bofarull como una joven promesa de la historia legal que aportaba nuevas fuerzas a la defensa del derecho catalán «socavat al jorn present per los jurisconsults centralistes»³. Su etapa más fructífera es la década siguiente, cuando publica, casi exclusivamente en catalán y en las revistas, colecciones y editoriales del catalanismo cultural, trabajos importantes sobre la legislación medieval y las dinastías condales catalanas. En 1922-23 publicó en colaboración con el entonces joven Ferran Soldevila, convertido más tarde en una de las figuras emblemáticas de la historiografía de inspiración catalanista, una *Història de Catalunya* para la Associació Protectora de l'Ensenyança Catalana⁴.

El primer «representante» (*sic*) del CSIC en Barcelona, en 1940, había sido Antonio de la Torre, catedrático de la Universidad de Barcelona, miembro de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona desde 1923, y posteriormente editor de la monumental colección *Documentos sobre las relaciones internacionales de los Reyes Católicos* (6 volúmenes, publicados entre 1949 y 1966). Sin embargo, el impulso político que dio vida institucional al Consejo parece haber partido de Valls. En el acto constitutivo del Consejo en Barcelona, junto a Valls y de la Torre se sentaron Sebastián Cirac Estopañán, catedrático de griego de la universidad, Jesús Martínez Ferrando, Director del Archivo de la Corona de Aragón, y Felipe Mateu y Llopis, el numismático que tras la Guerra Civil fue nombrado Director de la importante biblioteca del Institut d'Estudis Catalans (IEC). Ésta, la Biblioteca de Catalunya, fue rebautizada como Biblioteca Central y adscrita a la Diputación de Barcelona en 1939. Además de estos que podríamos llamar representantes del mundo académico, se encontraban presentes fuerzas vivas de la sociedad catalana del primer franquismo, como Carlos Sanllehy Girona, marqués de Caldes de Montbui y presidente de la Real Academia de Buenas Letras; Francisco Condeminas Mascaró, Decano del Colegio de Abogados y Director de la Escuela Náutica; Pedro Gual Villalbí, quien sería más tarde ministro de Franco y que aquí aparece citado como Presidente (*sic*) de una Escuela de Estudios Económicos; y Antonio M^a Simarro Puig, Presidente de la Diputación de Barcelona y más tarde alcalde de Barcelona (1951-1957)—como veremos, la presencia de la Diputación no es en absoluto accidental.

Todos ellos se reunieron bajo la presidencia del Ministro de Educación y Presidente del CSIC, Ibáñez Martín, y constituyeron la Comisión directiva del CSIC en Barcelona. A ellos se añadieron en años subsiguientes otros académicos. Entre ellos figuraba el sacerdote José Vives Gatell (1888-1978), historiador eclesiástico que había coincidido

con Valls Taberner en la Junta del Ateneo Barcelonés nombrada en 1939 y que presidiría la Delegación a partir de 1948 (y ostentaría la presidencia honoraria hasta su muerte en 1978)⁵. Según Vives, a quien debemos una de las pocas fuentes que nos informan de los orígenes de la Delegación, en 1941 asumió la presidencia del CSIC en Barcelona quien lo era de la Diputación, Antonio Simarro, aunque Valls Taberner fue nombrado Director de la Delegación. Cirac (que también era Secretario de la Comisión) y Valls tenían un papel destacado en el organigrama como directores de las dos secciones que constituyeron la Delegación en un primer momento, la de Filología clásica y la de Historia. Las reuniones de trabajo de la Comisión se celebraban en la sede de la Diputación:

El día 4 de octubre de 1941, en el Salón de Sesiones del Palacio de la Excelentísima Diputación Provincial de Barcelona, Bajo la Presidencia del Excmo. Sr. D. José Ibáñez Martín, ... reuniéronse los excelentísimos señores [*aquí son citados los anteriores*]... y se procedió a constituir la Comisión de los Patronatos «Raimundo Lulio» y «Menéndez Pelayo» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en Barcelona. (...)

La Comisión se reunía periódicamente en el Palacio de la Diputación Provincial, para presentar y examinar las propuestas de trabajo de las dos Secciones, especialmente referentes a la publicación de fuentes documentales existentes en los fondos de las Bibliotecas y Archivos de la región. Desgraciadamente la prematura muerte del Sr. Valls y Taberner en 1942 hizo que las distintas propuestas presentadas por él sólo pudieran ser empezadas y en parte realizadas posteriormente.

Con todo fue tan entusiasta y meritoria la labor del Sr. Valls y Taberner en relación con las actividades del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que éste acordó seguidamente *honrar su memoria*, reeditando en una colección particular sus principales trabajos histórico-científicos en edición castellana. Se han publicado ya cuatro volúmenes⁶.

El último apartado de esta nota, redactada en 1962, merece un momento de atención. Los recursos económicos del Consejo siempre fueron insuficientes, pero en 1942, cuando murió Valls, la penuria era extrema. Que en esas condiciones se emplearan recursos y energías en traducir del catalán al castellano la obra erudita y de investigación de un medievalista, sólo se puede entender en función de la significación cultural y política de la traducción⁷. Por un lado, subrayaba la distancia y la comunicabilidad entre las dos lenguas— malintencionadamente, por cuanto sería impensable que algún historiador medieval de los reinos castellanos y aragoneses no pudiera leer a Valls en el original.

Por otro, sugería que la memoria de Valls quedaba «honrada», esto es, limpiada y engrandecida, por la traducción al castellano de sus trabajos— dando a entender que él mismo hubiera tomado esta iniciativa para desandar el camino equivocado tomado en otras circunstancias. En un sentido más general, la traducción de las contribuciones de Valls Taberner simboliza perfectamente la política que llevó a cabo el Consejo para «integrar» la alta cultura catalana en la cultura española. A pesar de la agresiva actitud del régimen de Franco contra el catalanismo político, y de la brutalidad con que fue reprimido el uso del catalán fuera del ámbito estrictamente familiar, la actitud del CSIC hacia «lo catalán» fue matizada—de hecho se puede decir que fue sofisticada y con vistas de muy largo alcance.

Como ya hemos indicado en otra parte, después de la Guerra Civil es difícil encontrar en Barcelona nombres relevantes del mundo de la ciencia y de la alta cultura académica no vinculados al CSIC⁸. En el caso de las ciencias experimentales la evidencia es abrumadora. De Josep Pascual i Vila (1895-1979), el fundador de la escuela catalana de química fina, a Antoni Prevosti Pelegrín (n. 1919), el introductor de la genética moderna en Catalunya, pasando por el matemático Ferran Sunyer i Balaguer (1912-1967); el paleontólogo Miquel Crusafont i Pairó (1910-1983), el químico Félix Serratosa (1925-1995), el bioquímico Vicente Villar Palasí (1920-1975), el geólogo Lluís Solé i Sabarís (1908-1985), o el ecólogo Ramon Margalef (n. 1919), es imposible encontrar científicos importantes que trabajaran o se formaran en Catalunya entre 1939 y finales de los años sesenta y que no estuvieran vinculados a la Delegació del CSIC. El CSIC también acogió personajes ilustres de las humanidades, como el musicólogo Higiní Anglès (1888-1969), el historiador y gran renovador de las ciencias históricas Jaume Vicens i Vives (1910-1960), o el historiador de la ciencia Josep-Maria Millàs Vallicrosa (1897-1970), todas ellas figuras que alcanzarían renombre internacional.

Interesa subrayar aquí que la inmensa mayoría de científicos y hombres de letras activos antes de la Guerra Civil y que acabaron recalando en el CSIC después de ella, provenían de instituciones que habían sido creadas y sostenidas por el impulso político y reformador del catalanismo a través de las Diputaciones (controladas desde 1907 por la Lliga de Cambó y Prat de la Riba), de la Mancomunidad de Diputaciones (1914-1925) y de la Generalitat republicana (1932-1939). Así como en Madrid el gran proyecto reformista de la vida intelectual castellana, la Junta para Ampliación de Estudios, se consolidó como una institución al margen y de hecho, aunque no oficialmente, enfrentada a la anquilosada Universidad, así también en Barcelona el

Institut d'Estudis Catalans, la Universidad Industrial y el complejo de iniciativas científico-culturales que gravitaban alrededor de ellos quedaron irremediablemente enfrentadas a la Universidad⁹.

En Barcelona, sin embargo, las tensiones adquirieron una intensidad y una dimensión política impensables en Madrid —allí, al fin y al cabo, las tensiones se daban entre instituciones creadas y sostenidas por el mismo Gobierno de la nación. En Catalunya las instituciones académicas pertenecían a poderes públicos distintos que estuvieron en tensión permanente desde 1904 hasta la Guerra Civil, y esta tensión política se sobreañadía sin más a la puramente académica. Por si fuera poco, para las fuerzas catalanistas el proceso de reformas que sus instituciones académicas venían a impulsar tenía dos caras inseparables: renovación y modernización intelectual y catalanización de la alta cultura. Este último objetivo encerraba básicamente tres aspiraciones: autorizar el uso académico del catalán; incorporar a la universidad —es decir, convertir en disciplinas académicas— la lengua, la literatura, la historia, la geografía y el derecho catalanes; e incorporar a la universidad investigadores y profesores (particularmente, aunque no exclusivamente, especialistas en estos últimos campos) que por diversas razones no se habían podido vincular a la misma. Cuando se constituyó la Generalitat republicana, la Universidad de Barcelona quedó convertida en la Universitat Autònoma, regida por un Patronato en el que estaban representados paritariamente el Gobierno central y el de la Generalitat. El Patronato puso en marcha un ambicioso programa de reformas que incluía dar representación a los estudiantes en los órganos de gobierno, suprimir los exámenes por asignaturas e introducir exámenes generales no memorísticos, exigir un número mínimo de horas de clase por asignatura a los profesores, introducir exámenes de ingreso, introducir la optatividad de asignaturas en los planes de estudio, etc.—y, por supuesto, las medidas antes citadas dirigidas a catalanizar la universidad. La reacción fue virulenta, y los defensores de la Universidad tradicional no pudieron resistir la tentación de involucrase en la bandera y proclamarse defensores de la cultura castellana en Catalunya¹¹. Cuando en octubre de 1934 el Gobierno republicano de derechas suspendió el Estatuto de Autonomía catalán y encarceló al Govern de la Generalitat, también encarceló al Rector de la Universitat Autònoma y anuló la autonomía universitaria.

Muchos representantes de la alta cultura literaria y científica catalana se exiliaron en 1939, pero aquellos que no temían represalias políticas y no lo hicieron, y que estuvieron dispuestos a aceptar las

nuevas reglas del juego, encontraron acomodo en el CSIC. José M^a Albareda y la cúpula dirigente del CSIC evaluaban cuidadosamente a quienes promocionaban en la jerarquía de mando del Consejo, pero en Barcelona la manga por la que entraron en el Consejo los colaboradores científicos «de a pie» fue extraordinariamente ancha. Muchos nombres que encontramos entre los colaboradores del CSIC en los años cuarenta, publicando exclusivamente en castellano, por supuesto, los encontramos citados entre los colaboradores de l'IEC y entre los profesores «agregados» y «encargados de curso» que la Universitat Autònoma había contratado con gran escándalo de su claustro: Bassols de Climent, Antoni Griera, Higini Anglès, Joaquim i Tomàs Carreras Artau, Vicens Vives, Millàs, Pericot, Rubió Balaguer, Diaz Plaja, Eduard Valentí, Pòlit Boixareu, Pascual Vila, Santiago Alcobé, y otros ¹². Esta incorporación masiva fue el correlato de dos iniciativas de Albareda que rompían con la política tradicional de la derecha española hacia «lo catalán», y que iban a contribuir a largo plazo a cambiar la correlación de fuerzas en el mapa de la alta cultura catalana. Una fue la incorporación al CSIC de muchas instituciones que habían surgido al socaire del catalanismo antes de la Guerra Civil. La segunda y tal vez más llamativa fue el reconocimiento académico (que no civil) de la lengua y la cultura catalanas.

En la reorganización de 1948, en la etapa de mayor aislamiento internacional, fue creada la Sección de Literatura Catalana, «encargada de encauzar ... estudios vinculados a nuestros más caros sentimientos», cuya dirección asumió Jordi Rubió i Balaguer (1887-1982), quien fuera gran amigo personal de Valls Taberner ¹³. En 1955 ya existían dos secciones de literatura catalana, el dirigido por Rubió y otro dirigido por Martí de Riquer (n. 1914). El estudio de la filología catalana estuvo presente en el CSIC desde los primeros años cuarenta en la polémica figura del sacerdote Antoni Griera. Colaborador del IEC desde 1913, se separó del mismo, ya antes de la Guerra Civil, por desacuerdos políticos y científicos con Pompeu Fabra y sus colaboradores. Griera nunca estuvo de acuerdo con la normas ortográficas y gramaticales de Fabra, aunque es autor de una obra muy extensa, rigurosa y apreciable ¹⁴. Pocos años más tarde se creó otra sección dirigida por A. Badia Margarit. El CSIC también acogió el estudio de la cultura popular catalana en el Centro de Estudios de Etnología Peninsular, en el que colaboró hasta su muerte Joan Amades i Gelat (1890-1959), el gran recopilador y estudioso del folklore catalán. También existía el Archivo de etnografía y folklore de Cataluña, dirigido por T. Carreras Artau. Según Lluís Pericot (1899-1978), los responsables di-

rectos de esta política del CSIC en Barcelona fueron Ibáñez Martín y José M^a Albareda ¹⁵. Como veremos a continuación, la admiración de Albareda por el dinamismo y el impulso reformador del catalanismo, que le llevó a adoptar posturas regionalistas en la década de los veinte, constituyen posiblemente un dato esencial para entender su política en Barcelona.

Albareda, Valls Taberner y el autonomismo

Las biografías de José M^a Albareda apenas si mencionan la etapa anterior a la Guerra Civil, pero disponemos de una fuente fundamental para acercarnos a ella. Se trata de *Biología política*, una apología del autonomismo y del catalanismo y aragonesismo en particular, publicada en 1923 ¹⁶. El título de la obra hace referencia a la concepción organicista de los «pueblos» en que Albareda funda sus argumentos. Los pueblos tienen vida, que hay que cultivar y promover. Albareda ve a los pueblos que forman España aletargados y entregados a partidos personalistas y jefes caciquiles —a excepción de Cataluña— donde la reivindicación de autonomía y las realizaciones del partido de Cambó y Prat de la Riba le parecen evidencia manifiesta de vitalidad y progreso. Tres ejes articulan su discurso: la consideración de España como un país complejo y heterogéneo; la crítica al centralismo jacobino en cuanto artificio antitradicional y expresión política del caciquismo; y la defensa del autonomismo, en el sentido más profundamente político del término, como solución de regeneración política. En este último aspecto, Cataluña es para Albareda el modelo y referente principal.

Para Albareda es una obviedad histórica que España es un país de países, constituido por distintas entidades históricas o «nacionalidades» (*sic*) ancestralmente autónomas ¹⁷. La visión contraria no sólo ignora la historia sino que va ligada al culto al estado y a su omnipotencia, o «estadolatría» (*sic*). La negación de la diversidad expresa la fe jacobina en el papel providencial del estado y el miedo al separatismo. Según Albareda, la inercia social, la falta de tono vital de la sociedad española se expresa en los mecanismos caciquiles y en la actitud de confiarlo todo en un político carismático o, para los más radicales, en una sublevación militar. Albareda, que se declara contrario al uso de la fuerza armada para resolver conflictos sociales, contrapone repetidamente la ineficacia del estatismo y el centralismo a la espontaneidad social que debiera expresarse naturalmente a través de la vida municipal (que él considera secuestrada) y la autonomía de

las nacionalidades¹⁸. En cuanto al fantasma del separatismo, las opiniones de Albareda son radicales. El estado español moderno es un invento posterior a los países «naturales» que lo integran, y el centro del mismo es creador «de una vida artificiosa»:

El centro del País pasa a ser el País mismo, y la lengua, y el derecho, y los prestigios, y la vida del centro, son los únicos que pueden llamarse nacionales. Lo demás no merece la pena, es de *provincias*, o si se quiere poner más cariño en el vocablo, se dice que es de la *patria chica*. Ignorábamos que la grandeza de una patria se midiese en kilómetros cuadrados. (...)

Y a los pueblos regionalistas—íbamos a decir a los pueblos patriotas—, se les aísla, *se les separa* espiritualmente; no son dignos de vivir con los demás por no rendirse ante el artificio centralista¹⁹.

Las diferencias entre países y la preservación de las mismas no encierran peligro de separatismo porque no son «incompatibles con la unidad de España»:

[S]i esa incompatibilidad existiese no podría existir España, porque su vida, posterior a la de los países que la integran, exigiría la supresión de lo natural, de lo formado sin humano artificio, que es lo que el hombre ni debe ni puede destruir. (...) [D]eclarar a España en pugna con lo natural es reconocerla como un producto de la *Gaceta*, como un artificio de la ley. Y esa es la tesis separatista en toda su crudeza²⁰.

Albareda apostaba en su libro por conceder amplia autonomía a las nacionalidades que la reclamaran, sobreentendiendo que la misma era un reto porque hacía depender la prosperidad y las condiciones de vida de las propias fuerzas²¹: «La autonomía, después de pedirnos sacrificios, nos propone un bienestar tan relativo como lo sean nuestra honradez y nuestra aptitud. (...) La autonomía no entiende de gangas. (...) La autonomía dice: sin trabajar no se puede vivir dignamente». El autonomismo se convertía así en un movimiento regeneracionista. Albareda llamaba a la intelectualidad a impulsarlo, y, en particular, a impulsar y legitimar el aragonesismo²².

Como se desprende de lo dicho hasta aquí, Albareda no concibe la autonomía como una mera descentralización administrativa. Por el contrario, su programa autonomista tiene profundo calado político y espiritual. La autonomía tiene que servir para que los países «naturales» que forman España recuperen y desarrollen su propia naturaleza o unidad espiritual, es decir, entre otras cosas, su lengua, su derecho, y su historia. La historia es esencial para que mediten «sobre el curso de su existencia», que es una fuente de grandes

energías, y descubran que el centralismo ha falseado la historia para autolegitimarse²³. Citando a Prat de la Riba, Albareda subraya que la autonomía era vista en Cataluña como debía, como el medio de «traducir, en una organización jurídica, el sentimiento hondísimo de la unidad espiritual de Cataluña»²⁴. La obra de Prat de la Riba y la vitalidad política de Cataluña, la única nacionalidad que se había dotado del régimen de semi-autonomía que permitía la mancomunidad de diputaciones provinciales, son para Albareda a la vez modelo admirado y punto de referencia:

¡Qué conjunto de servicios ha instalado Cataluña con sus propias fuerzas—con la fracción de sus propias fuerzas que el Estado le deja—, para su comodidad, para su riqueza, para su cultura!

Servicios hay, como el de teléfonos, en que la obra de la Mancomunidad puede competir—con ventaja en ciertos aspectos—, con lo hecho en las más florecientes naciones.

Un día se construye una carretera, se funda una biblioteca; otro será una escuela, un concurso estimulador de la cultura o de la producción; de cuando en cuando irán apareciendo lozanos brotes ... de la Universidad Industrial: Escuelas e Institutos diversos (de Química, de Electricidad, de Mecánica, de Tintorería, de Tejidos, etc. etc.), ...; y la «Escola de Funcionaris», la «Superior d'Agricultura», el «Institut d'Orientació professional», el más completo de los que en su clase existen en Europa, según Edmundo Claparède, psicólogo suizo, y sobre todo el «Institut d'Estudis Catalans», el grandioso Institut, Ciencia y Arte unidos por la argamasa del patriotismo, ...

¿Por qué se negó la autonomía a Cataluña? Preguntemos antes: ¿es conocida en el resto de España esa labor del órgano político de Cataluña, labor de la que no hemos hecho sino indicar cuatro puntos culminantes?²⁵

Más allá de evocar el contraste entre las ideas de los años veinte y las realidades de los años cuarenta, *Biología política* demuestra que tras la Guerra Civil Albareda se enfrentó a la realidad intelectual catalana con gran conocimiento de causa. Convertido en un personaje del régimen, su objetivo fue implantar el CSIC en Cataluña para llenar el vacío que la universidad española tradicionalmente no había querido o podido colmar. Albareda sabía bien que las instituciones tecnológicas, científicas y literarias catalanas eran en sí mismas otros tantos argumentos que demostraban la impermeabilidad crónica entre el estado español y la sociedad civil catalana, y, en particular, entre la universidad oficial y la alta cultura científica y literaria catalanas. Convertido a un nuevo ideal, el de la España nacionalcatólica, Albareda

se propone desactivar estos argumentos de raíz, integrando en el CSIC muchas de estas instituciones.

La evolución ideológica de Albareda no debe haber sido muy distinta a la de Valls Taberner. Ésta se puede seguir casi paso a paso en la serie de artículos periodísticos que Valls publicó entre 1931 y 1934²⁶. En dos artículos particularmente importantes titulados «Laïcisme, marxisme, separatisme» (aparecido en *El Debate* en febrero de 1934) y «Revisionisme» (en *La Vanguardia*), Valls revisaba la noción de catalanismo para convertirla en uno de los tres pilares que habían de sostener la vida colectiva frente a los tres males citados en el título del artículo; los otros dos son el catolicismo y el españolismo. Valls considera ahora el nacionalismo catalán como un mero «ideologismo», una abstracción que genera fatalmente anarquía y violencia. El patriotismo español no se opone al patriotismo catalán, antes bien, es su ampliación natural y necesaria²⁷.

Valls y Albareda eran personas de orden que habían hecho suyo un programa regeneracionista en los años veinte desde una perspectiva conservadora. Compartían un catolicismo profundo y rígido que se vio primero ofendido por el laicismo militante del izquierdismo republicano y luego criminalizado durante la Guerra Civil. A ambos les hallamos en 1939 identificados con la ideología del régimen surgido de la Guerra Civil y dispuestos a dotarlo de nuevas instituciones que anulen las agudas tensiones que habían desgarrado la sociedad española. Probablemente para Albareda tanto como para Valls Taberner el catolicismo, por el papel central que ocupó en la vertebración ideológica del bando vencedor de la guerra, fue un argumento decisivo para abandonar la concepción plural de España que abrazaban antes de la guerra. Como ha señalado Fernando Urbina, en la España encastillada de la postguerra, españolidad y catolicidad se habían hecho una misma cosa²⁸. Hasta para un pensador tan poco superficial como García Morente,

... el católico francés es francés y además católico. En España, en cambio, la religión católica constituye la razón de ser de una nacionalidad que se ha ido realizando y manifestando en el tiempo a la vez como nación y como católica, no por superposición, sino por identidad radical de ambas condiciones²⁹.

La «consustancialidad» (*sic*) de la hispanidad y el catolicismo hacían casi imposible ser militantemente católico y no sentirse militantemente español. Por otra parte, los nacionalismos periféricos fueron considerados un factor mayor del «subversivismo» que condujo a «la gran

catástrofe». A los pocos días de la entrada en Barcelona de las tropas de Franco, Valls Taberner publicó en *La Vanguardia* un importante artículo, «La falsa ruta», en el que pasaba cuentas con el pasado y señalaba la nueva dirección que la clase dirigente catalana había de tomar desde entonces³⁰. Por encima de todo, se tenía que abandonar «la falsa ruta» del catalanismo donde Cataluña se había extraviado desde los últimos decenios del siglo XIX:

Lo que creo de mi deber señalar, en este momento de salvación, a mis paisanos, como oportuna y saludable advertencia dirigida a ellos por un conocedor del asunto, es que uno de los factores de subversión, cuya reaparición se debe evitar decididamente ha sido el catalanismo político, y aun, para simplificar la denominación, diremos el catalanismo, a secas³¹.

El catalanismo introdujo la subversión entre «las capas sociales superiores» y fue un factor de disgregación y de discordia profunda «que en el orden moral era un preludio de guerra civil». Valls reconoce que el catalanismo había representado «idealidad», «anhelos de reforma» y «generosa aspiración renovadora, en medio de la general decadencia», pero «todo ello ha sido ignominiosamente prostituido» por el separatismo:

[A] consecuencia de ello el catalanismo es hoy un cadaver. Para el bien de Cataluña y de España entera no lo podemos de ningún modo dejar insepulto. Hay que liquidar, pues, un pasado equivocado, ...³².

Sin embargo, la tarea de (como decía Valls) «redimir» y «dignificar» a Cataluña y de «hacerla andar ... por la ancha vía triunfal de la Nueva España» estaba llena de dificultades. Joan-M^a. Thomàs ha subrayado que la estrategia general que los dirigentes políticos del nuevo régimen diseñaron para Cataluña pasaba por reconocer los fuertes rasgos específicos de la sociedad catalana, que había que respetar dentro de una tarea decidida de «españolización» (*sic*)³³. Thomàs cita un interesante documento interno de la Falange que constata desconfianza hacia la intelectualidad catalana y que dibuja una estrategia clara. Esta estrategia, a grandes rasgos, se aplicó por medio del CSIC a las instituciones científicas y académicas catalanas que el estado no controlaba antes de la Guerra Civil.

No hay dudas que a la entrada de nuestras tropas en Cataluña ... encontraremos una gran masa expectante que ... estará bien dispuesta a entregarse en cuerpo y alma a aquello que ... sea para ellos esperanza de solución a todos los problemas. Esta masa expectante podemos afirmar rotundamente que no la encontraremos ni en el intelectualismo [*sic*] catalán ni en la clase adinerada o capitalista, ... Esta masa, decimos,

la encontraremos en la clase obrera y en la clase media y no es posible defraudarla. Los hombres que vayan a Cataluña, Apóstoles [sic] de la España de Franco, deben tener esto muy en cuenta: no hay que perder de vista que ... no se puede negar que socialmente hablando aquellas provincias van delante, y por lo tanto tienen conseguidas mejoras, tanto en el campo benéfico como en el cultural y social, que sería error destruir por el hecho de que el personal que las rige sea separatista o regionalista. La obra para [sic] hacer es de mucha más altura. De este personal [hay que] eliminar [sic] aquellos que sean francamente rojos o separatistas y a los demás sacarles de Cataluña ... y allí [en Cataluña], no solo conservar las obras, sino mejorarlas y aumentarlas, españolizándolas con personal adicto y seguro³⁴.

Pocos días antes de morir Valls Taberner le explicó a Rubió sus proyectos: sus esfuerzos se iban a concentrar en la política cultural, confiando en su autoridad dentro del Consejo. Quería organizar en Barcelona una comisión editora de los antiguos cartularios catalanes. Rubió entendió que iba a crear una Sección Histórica del IEC «con el cordón umbilical fijado en Madrid»³⁵.

El CSIC y la Diputación provincial de Barcelona

Por medio del CSIC, Albareda dará cabida en la estructura académica del estado a la inmensa mayoría de los investigadores catalanes que no se exilian, y que para sobrevivir académicamente tendrán que aceptar las nuevas reglas del juego. Éstas incluyen el control de los proyectos, líneas de investigación y de las publicaciones por la cúpula del Consejo; la incorporación a Institutos y Departamentos dirigidos autoritariamente; y la obligación de publicar en español y sólo en español.

El CSIC fue selectivo en el trato a las instituciones catalanas de alta cultura. Algunas tenían que morir inevitablemente, entre ellas las instituciones pedagógicas y, por supuesto, el IEC, el buque insignia de todas ellas. Otras, más inocuas y fáciles de gestionar fueron abandonadas a la administración de la Diputación provincial. El mismo destino corrieron dos iniciativas emblemáticas del catalanismo cultural, la Escuela de Bibliotecarias y la Biblioteca de Cataluña. En manos de la Diputación, una institución sin financiación adecuada, sin vocación ni personal preparado para tutelarlas, languidieron hasta alcanzar, comatosas ya, los años de la transición. Albareda hubiera podido acabar de la misma forma con cualquier institución científica o de alta cultura

consolidada en Barcelona antes de la Guerra Civil. Sin embargo, como ahora veremos, optó por integrar en el CSIC las que le parecieron más importantes.

Recordemos que como Presidente de la Diputación entre 1907 y 1917, Prat de la Riba inició su política de reformas económicas y sociales y de reconstrucción del ámbito cultural catalán. Un buen ejemplo de cómo la Diputación de Barcelona asumió un papel político muy superior al que le correspondía es la creación del *Servei Arqueològic*. Éste era el servicio responsable de las excavaciones y conservación del importantísimo yacimiento griego de Empúries, situado como es bien sabido en la provincia de Girona (!). Entre 1914 y hasta su disolución durante los primeros años de la dictadura de Primo de Ribera, la política de las Diputaciones fue dirigida desde aquella institución singular y de escasos medios que se llamó la Mancomunidad de Diputaciones catalanas, que tenía como Presidente al de la Diputación de Barcelona. Así, muchos de los organismos, instituciones y servicios administrados por la Generalitat republicana, cuyo presidente también lo era de la Diputación de Barcelona, habían sido originalmente servicios de las Diputaciones, y la mayoría, de la Diputación de Barcelona. Tras la Guerra Civil, la Diputación de Barcelona volvió a asumir la titularidad de aquellas instituciones o empresas de la Generalitat republicana que el régimen no quiso liquidar.

Entre las instituciones científicas y educativas de la Generalitat que se salvaron, destacan las siguientes: el *Servei Arqueològic* antes citado, que llevaba anejo el riquísimo *Museu Arqueològic* y una biblioteca de 20.000 volúmenes; la *Secció de Musicologia* de la Biblioteca de Catalunya, reconvertida en Instituto Español de Musicología; el *Servei de Mapes* o *Servei Geològic i Geogràfic*, reconvertido en Instituto Geológico Provincial; el *Institut d'Investigacions Mèdiques* que dirigía August Pi Suñer, reconvertido en Instituto de Medicina Experimental; la *Escola d'Agricultura* de la Generalitat, que se convirtió en Escuela de Agricultura de la Diputación; y el *Laboratori General d'Assaigs*, reconvertido en Laboratorio General de Ensayos de la Diputación. La situación de estos centros en 1947 se encuentra descrita en un informe de Solé Sabarís, entonces Secretario de la Delegación del CSIC, titulado precisamente «Relaciones entre el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la Excelentísima Diputación Provincial de Barcelona»³⁶. En él, aunque se advierte que no existe entre el CSIC y la Diputación «ningún compromiso formal que fije un plan de amplia colaboración de ambos organismos en los aspectos culturales que cada uno de ellos realiza separadamente en Barcelona», se subraya:

Sin embargo, a pesar de no haberse alcanzado esta coordinación total entre los Institutos investigadores de ambos organismos, han existido, desde un principio [*sic*], entre ambas corporaciones vínculos muy estrechos, interviniendo la Diputación de Barcelona en las principales iniciativas del Consejo a través de su Presidente que a la vez preside la Delegación del Consejo en Barcelona y forma también parte de la misma el Diputado Ponente de Cultura.

Además, en diversos casos concretos, en que se ha estimado pertinente, el Consejo y la Diputación han concertado acuerdos para secundar la obra de algún centro provincial. En la actualidad esta colaboración activa se concreta en los siguientes casos ...³⁷.

Estos casos corresponden a las seis instituciones antes citadas, y cuya situación podemos resumir como sigue. La Diputación había disuelto su servicio de arqueología, y se limitaba a sostener con presupuesto escaso el Museo Arqueológico. En el mismo, sin embargo, funcionaba «una Sección de Arqueología del Instituto Diego de Velázquez del Consejo dirigida por el Dr. Martín Almagro, con un secretario, cuatro colaboradores y dos becarios». El CSIC, además de pagar sus nóminas «subvenciona la revista *Ampurias* [*sic*] que edita la Diputación Provincial y sufraga gastos de campañas de investigación que contribuyen a acrecentar el patrimonio del Museo». En 1947 el presupuesto de esta sección del CSIC fue de 47.000 pts.³⁸

El antiguo Departament de Música de la Biblioteca de Catalunya del IEC se había convertido sin más en el Instituto Español de Musicología del CSIC. La Biblioteca de Catalunya, heredera de un importante legado bibliográfico del musicólogo Felip Pedrell, había publicado en los años veinte y treinta relevantes trabajos del sacerdote Higiní Anglès, discípulo de Pedrell³⁹. Después de la Guerra Civil, en palabras de Solé Sabarís: «Apoyado en la antigua sección de Musicología de la Biblioteca Central de la Diputación [*sic*] se ha creado el Instituto Español de Musicología, dotado del mismo personal técnico nacional y extranjero que viene realizando una meritoria labor investigadora sobre musicología, folklore, etc. etc». Su presupuesto en 1947 fue de 354.000 pts.⁴⁰.

La Mancomunidad de Catalunya se había planteado un ambicioso programa de elaboración de mapas geográficos y geológicos para el cual creó un Servei (Servicio) específico que dependió desde 1919 de la Junta de Ciències Naturals. Antes de la Guerra Civil estos proyectos, en sus inicios, habían producido algunas hojas del Mapa general de Catalunya (escala 1:100.000), del Nou Mapa Geològic de Catalunya

(misma escala), y del Mapa Geològic de la provincia de Barcelona (escala 1:40.000) ⁴¹. De todo ello sólo se salvó de la quema el proyecto del mapa de la provincia de Barcelona, que se puso en manos de un Instituto Geológico Provincial vinculado a una sección del CSIC de quien recibía financiación:

Este organismo [el Instituto Geológico] dedicado primordialmente a la confección del mapa geológico de la provincia de Barcelona y a la investigación de sus recursos naturales radica en el Laboratorio y Cátedra de Geología de la Universidad de Barcelona, en donde funciona también la Sección del Instituto de Investigaciones Geológicas Lucas Mallada, del Consejo, del cual ha recibido importantes depósitos de libros, sufraga los gastos de campañas de investigación, personal etc., permitiendo que la labor realizada por este organismo pueda ser mucho más eficaz. Esta Sección cuenta actualmente con nueve investigadores y su presupuesto para 1947 es de 50.000 pesetas ⁴².

«De una manera análoga», sigue diciendo Solé Sabarís, «el Consejo subvenciona los trabajos de la Catedra de Fisiología de la Facultad de Medicina». August Pi i Sunyer (1879-1965), catedrático de Fisiología en la Universidad de Barcelona desde 1915, fue el impulsor y director del Institut de Fisiologia (creado en 1920 por la Mancomunitat) y de la Societat Catalana de Biología (filial del IEC, fundada en 1912). Aunque localizado en la Facultad de Medicina, el Institut de Fisiologia era financiado por la Mancomunitat y regido por un patronato. Este apoyo institucional, el liderazgo de Pi i Sunyer y una serie de colaboradores destacados posibilitaron que los trabajos del Institut alcanzaran gran proyección internacional en los años veinte y treinta. La escuela de Pi i Sunyer se exilió prácticamente en masa en 1939 y el Institut se convirtió en «Instituto de Investigaciones Médicas de la Diputación Provincial adscrito a la Cátedra de Fisiología» ⁴³. El Consejo creó aquí el Instituto de Medicina Experimental a través del cual controlaba las subvenciones y dirección del nuevo equipo de investigadores. Estos eran veinte y contaban con un presupuesto anual de 50.000 pesetas ⁴⁴.

Dos de los servicios técnicos de la antigua Escola Superior d'Agricultura, el de Genética y el de Fitopatología, también fueron incorporados al Consejo via el nuevo y voluminoso Instituto de Biología Aplicada de Barcelona, creado en 1943 y puesto bajo la dirección de García del Cid. Éste controlaba los institutos y secciones en Barcelona del Patronato Alonso de Herrera, que acogía los centros de edafología (la especialidad de Albareda) y las ciencias naturales aplicadas en

general. Entre las numerosas secciones controladas por García del Cid se contaban una de Fitopatología Agrícola y Forestal (3 investigadores) y una de Genética Experimental (9 investigadores) dirigida por José-M^a Soler Coll, que también era Jefe del Servicio de Cultivos Herbáceos y Genética vegetal de la Diputación. El presupuesto anual del CSIC para ambas secciones ascendía a 80.000 pesetas.

Hay que hablar, finalmente, del Instituto de Investigaciones Técnicas. La Mancomunitat creó en 1922 el Laboratori General d'Assaigs i Condicionament como un servicio público de asesoramiento y utillaje para la investigación en alta tecnología. Ubicado dentro de la Universitat Industrial, cuya maquinaria y servicios utilizaba, el Laboratori estaba al servicio de pequeñas y medianas industrias que no podían, o a las que no era rentable, adquirir el equipamiento técnico que el Laboratori ponía a su disposición abonando la tarifa correspondiente⁴⁵. Tras la Guerra Civil fue absorbido por el Consejo:

Contando con la base de las instalaciones y personal del Laboratorio General de Ensayos, de la Diputación, ha creado el Consejo su Instituto de Investigaciones Técnicas destinado a fomentar el estudio de los principales problemas que plantea la técnica española y en especial la industria de la región catalana. Este organismo está regido por un patronato designado por la Diputación y el Consejo y ha recibido una gran ayuda económica del Patronato Juan de la Cierva del Consejo. Actualmente ... [cuenta] con nueve investigadores subvencionados por el Consejo. El presupuesto del Consejo para este Instituto, en 1947, es de 376.000 pesetas.

Por último, además de estos casos concretos de colaboración activa entre el Consejo y la Diputación, hay que hacer referencia al ofrecimiento de la Diputación de albergar en el edificio de la Biblioteca Central a diversas Secciones de Letras⁴⁶.

Una característica notable de la colaboración entre el CSIC y la Diputación es el reparto de papeles que consagra. La Diputación ha de mantener económicamente la infraestructura material de estos centros o departamentos, pero el Consejo se hace responsable del personal investigador, que queda integrado en sus institutos, y de financiar la investigación. Es difícil encontrar una evidencia más directa de que el interés prioritario del Consejo era asegurarse el control político del personal investigador. En 1956, en la ocasión solemne de inaugurar la sede oficial de la Delegación (un gran edificio junto a la Biblioteca de Cataluña que también acogía los departamentos de letras), el Delegado en Barcelona reconocía explícitamente y ensalzaba el papel ideológico «matriz y motriz» del CSIC como «ente nacional»:

Sin duda una de las mejores, o más bien la mejor y más trascendental institución cultural científica creada en España, no sólo en los últimos lustros, sino también, podríamos afirmar, en los últimos siglos, es la del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, bajo los auspicios del Jefe del Estado, Generalísimo Franco ...

Es cierto ... que nuestra Institución tuvo ya algunos lustros antes dos meritísimos precedentes que todos adivináis: el Centro de Estudios Históricos, en Madrid, y el Institut d'Estudis Catalans, aquí en Barcelona, ... cuyas vicisitudes, debidas al constante malestar político de la nación, no es necesario recordar.

Pero no creo sea la mayor o menor envergadura de las tres Instituciones ... lo que distinguió y distingue al Consejo Superior de sus ya señalados precedentes. Lo que verdaderamente dió y da prestancia, singularidad y novedad al Consejo es que ya desde el primer momento se plasmó no como una institución local y ciudadana, característica de aquellas precedentes instituciones, sino como ente nacional con un centro matriz y motriz ...⁴⁷.

Quizá porque así correspondía al desembarco «por arriba» que acabamos de resumir, quizá porque el «centro matriz y motriz» estaba mucho más interesado en controlar que en producir —en hacer de matriz que de motor— lo cierto es que el Consejo vivió en Barcelona en unas condiciones extraordinariamente precarias hasta la segunda mitad de la década de los cincuenta. En los años cuarenta la Delegación no disponía de locales propios. Como explicaba un documento interno:

En la actualidad los Institutos y Secciones funcionan adscritos a cátedras u otros Centros de actuación científica paralela, y en los locales de éstos celebran las reuniones, instalan las bibliotecas etc., y puede darse el caso de que se vean supeditadas a otras actuaciones que en dichos locales tengan lógica preferencia. Estos locales, además, con frecuencia no reúnen las deseadas condiciones, poseen instalaciones deficientes, insuficientes aun para la función universitaria⁴⁸.

Los servicios administrativos se ubicaban en pequeños espacios cedidos por la Universidad de Barcelona, mientras las reuniones de la Comisión de notables presidida por el de la Diputación se celebraban en la sede de ésta, en el palacio de la plaza de Sant Jaume que había sido (y vuelve a ser) la sede del Govern de la Generalitat. Puesto que el Institut d'Estudis Catalans cuando fue creado por Prat de la Riba en 1907 se reunía en el mismo palacio, los trabajos de la Comisión y su ubicación constituían una referencia obvia a la nueva correlación de fuerzas y al papel substitutorio del CSIC.

A partir de 1948 el funcionamiento de la Delegación del CSIC en Barcelona se estabiliza. La presidencia recae en un académico, Vives Gatell, las relaciones con la Diputación se regulan por convenio y se circunscriben a colaboraciones específicas, y se decide dar al CSIC presencia física en Barcelona. Es decir, se quiere crear un centro tangible para la red de instituciones «heredadas» de la Generalitat republicana y para la red de grupos de trabajo vinculados a cátedras universitarias que financia el CSIC. Para ello se proyecta crear una serie de edificios, y en particular uno «digno de la tradición constructiva del Consejo Superior, por su fachada monumental» que albergaría la Presidencia y Secretaria de la Delegación y que «representaría en la ciudad Condal la prolongación de la esencia y del espíritu del Consejo»⁴⁹. Aunque Albareda solicita a Barcelona un primer anteproyecto en 1948, la construcción se retrasará considerablemente y el edificio «noble» no se inaugurará hasta 1956. Mientras se planean y construyen los nuevos edificios, los servicios centrales de la Delegación y dos o tres departamentos quedan instalados en pisos alquilados⁵⁰. Dará una idea de la precariedad de las instalaciones en estos años que la sección de Literatura Catalana dirigida por Rubió i Balaguer (que no era catedrático de la universidad) tenía como sede el propio domicilio de Rubió, donde se reunía semanalmente con los colaboradores y guardaba los ficheros⁵¹. Los esfuerzos de la Delegación para conseguir un teléfono en el piso donde se instaló en enero de 1948 tienen ribetes sainetescos, pero ilustran las precarias condiciones del momento. En abril del mismo año, y puesto que la Delegación de Barcelona seguía sin teléfono, Albareda decidió intervenir personalmente delante del Director Comercial de la Compañía Telefónica, pero la escasez de líneas era tal —o así lo declaró el Director Comercial— que la recomendación fue inútil. En marzo del año siguiente Solé Sabarís continuaba recordándole al Director de la Telefónica que «dada la importancia y prestigio de que goza el CSIC en Barcelona, cada día es más imperiosa la necesidad de que en nuestras oficinas dispongamos de un aparato telefónico ...». El teléfono les fue finalmente instalado el 30 de abril de 1949⁵². A pesar de no disponer de condiciones materiales adecuadas, o quizá a causa de ello, la Delegación del Consejo se preocupó de su imagen pública como institución de alta cultura por medio de una política activa de prensa.

Prensa y propaganda

En particular durante los años cuarenta y cincuenta, la Delegación cultivó activamente las relaciones con la prensa local. Ello respondía

al propósito de dar publicidad al Consejo y a sus autores, pero también al objetivo estratégico de legitimar a la institución delante de la opinión pública catalana. En el mes de marzo de 1948, en el contexto de la consolidación organizativa del Consejo en Catalunya, y para preparar adecuadamente el ambiente que había de rodear la fiesta patronal del Consejo (que se celebraba el 4 de abril, San Isidoro), Solé Sabarís se dirige a Jorge Vila Fradera, Delegado de Prensa y Propaganda del Movimiento en Barcelona:

Estimado amigo:

(...) Te agradecería que influyeras en la prensa diaria para crear un ambiente a propósito y aprovechar la ocasión para dar a conocer la obra cultural del Consejo.

Creo que sería oportuno publicar uno o dos días antes de dicha fecha algún artículo que podría consistir bien en un reportaje sobre la obra realizada en Barcelona, bien en algún artículo sobre algún aspecto que podría firmar alguno de nuestros colaboradores más destacados, por ejemplo, los Dres. Font Puig o Castillo para el Diario de Barcelona, Millás o Castro Calvo o Eusebio Díaz para La Vanguardia, Mateu Llopis para Solidaridad Nacional, etc., que a su vez son colaboradores de dichos periódicos.

Interesaría, asimismo, que el día 4 los actos celebrados fuesen debidamente destacados en la prensa diaria, cuidando incluso la información gráfica.

Espero puedas ayudarme con este motivo. Con este objeto te visitará Casas Homs, a quien ya conoces de Puigcerdá. (...) ⁵³.

Todo parece indicar que en general la relación entre la prensa periódica de Barcelona y la Delegación fue fluida y provechosa en ambas direcciones. La Delegación proporcionaba ejemplares de todos sus libros a las principales publicaciones periódicas de Barcelona (los diarios *El Correo Catalán*, *La Vanguardia Española* y *el Diario de Barcelona* y las revistas *Revista* y *Destino*), e incluso llegó a mandar reseñas ya redactadas. Esto era seguido con gran interés desde el «centro matriz y motriz», que recibía puntualmente copia de cualquier reseña publicada en la prensa. Al mismo tiempo, la Delegación hacía «propaganda» (*sic*) entre la prensa local de obras del Consejo no publicadas en Barcelona pero que podían tener interés en ella ⁵⁴. El Consejo veía publicitadas y debidamente ensalzadas sus contribuciones, especialmente las de cariz cultural, histórico y literario, mientras los periódicos locales contaban con temas y colaboradores para sus páginas culturales.

Una de las pocas fricciones entre la prensa y la Delegación de que queda constancia, por un incidente sin consecuencias, es interesante por la estrecha «compenetración» que revela entre los medios intelectuales y la prensa. En julio de 1956 se celebró el III Cursillo Internacional de Verano organizado por el equipo paleontológico del Museo de Sabadell que dirigía el Dr. Crusafont. Miquel Crusafont Pairó (1910-1983), uno de los paleontólogos españoles más productivos y de mayor proyección internacional en los años cincuenta y sesenta, era un autodidacta, un paleontólogo riguroso (doctor *honoris causa* por la Universidad de Basilea en 1967) y un pensador muy influido por la metafísica evolucionista del jesuita Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955). Crusafont ya había publicado trabajos importantes cuando se licenció en Ciencias en 1948 (se doctoró en 1950). En ellos había hecho suyo sin ningún disimulo el evolucionismo tal como se formulaba en aquellos momentos⁵⁵. En el ambiente intelectual español de los años cuarenta y cincuenta, dominado por el catolicismo más rancio y anquilosado, la reacción pública ante el evolucionismo solía ser la sorna, cuando no el desprecio o el ataque furibundo. Al presentar el cursillo de 1956 (había habido otros en 1952 y 1954), que incluía un ciclo de conferencias con profesores de Madrid, Utrech, Darmstadt, París, etc, Crusafont redactó un texto que situaba la percepción del evolucionismo por el «gran público», necesariamente influenciada por el tratamiento periodístico, en contraste con el ámbito científico en el que propiamente estas ideas debían ser analizadas. El comentario hirió la susceptibilidad de Pedro Voltes Bou, entonces colaborador de *La Vanguardia* y más tarde, en el tardofranquismo, un personaje notorio de la Facultad de Ciencias Económicas barcelonesa. En una carta entre irónica y maleducada, Voltes reprochaba a Crusafont que sugiriera que lo «periodístico» fuera sinónimo de «frivolidad y ligereza», y le recordaba de paso que era un don nadie dentro de la «jerarquía universitaria» (Crusafont, que ganó la primera cátedra en 1960, sólo era por entonces colaborador científico interino del CSIC). Un aspecto interesante de la protesta de Voltes es el carácter orgánico que confiere a la misma, quejándose de Crusafont ante Santiago Alcobé. Alcobé, Decano de la Facultad de Ciencias y Secretario de la Delegación, era el superior de Crusafont por partida doble, académicamente y administrativamente. Voltes, que se refiere a Crusafont como alguien «conocido de nuestra Redacción por la frecuencia y el hincapié con que nos ha hecho hablar de sus trabajos», recuerda la presencia de profesores universitarios en las redacciones de los periódicos que glosan con solvencia los trabajos académicos que se les remiten. Realizando este trabajo, afirma Voltes,

demostramos haber servido a alguien más que al «gran público» y en cada número de éste y todos los periódicos existen docenas de casos de parecida colaboración con las iniciativas intelectuales del momento. Esta colaboración ha creado entre los periódicos y los centros culturales una relación de afecto y estima (...) Esta compenetración entre lo periodístico y lo científico, me permite sentirme perfectamente a gusto durante largas horas de cada día del año en el seno de este «ambiente periodístico» a pesar de poseer tres grados universitarios (...) ⁵⁶.

Voltes, que subrayó el carácter «amistoso» de su carta a Alcobé, recibió una respuesta cordial que distinguía entre periodistas «cuidadosos», como los de *La Vanguardia*, y otros que no lo eran, y disculpaba a Crusafont por el equívoco «de haber generalizado sin salvedades» ⁵⁷. El incidente revela el tejido de complicidades entre prensa, jerarquía académica y mundo universitario que se había creado en los años cuarenta y cincuenta y que había cristalizado en un status quo consolidado y mutuamente beneficioso. Nos podemos preguntar, sin embargo, si las letras y las humanidades ganaban algo con esta proyección periodística, o si por el contrario ésta únicamente perseguía una imagen de respetabilidad y eficiencia para la nueva institución.

A modo de conclusión

En la intención de Albareda tanto como en la de su principal inspirador en Barcelona, Valls Taberner, el CSIC tenía que dar nueva dirección a un conjunto de instituciones contaminadas de catalanismo. Al mismo tiempo, tenía que ofrecer a los universitarios con vocación investigadora unos mínimos medios para que no se volviera a dar una situación como la de principios de siglo, que Prat de la Riba atacó con la creación del I.E.C. y demás instituciones académicas catalanas. Finalmente, tenía que ser una vía para incorporar a la universidad el estudio académico de la lengua, la literatura y la historia de Cataluña, sin conceder por ello estatus de normalidad a la cultura catalana. Esto último se consiguió desarrollando un interés obsesivo por los temas medievales o, en el mejor de los casos, de historia moderna; imponiendo metodologías positivistas (preferentemente, transcripción y edición de documentos y textos antiguos); eligiendo cuidadosamente los profesores a quienes encomendar estas materias; prohibiendo el uso del catalán en revistas y monografías científicas.

No es necesario insistir en que se trataba de una estrategia compleja y con miras de largo alcance que sólo podía ser concebida con el profundo conocimiento de la realidad catalana que tanto Albareda como Valls

poseían. Hay que reconocer, por lo demás, que en buena medida los objetivos de Albareda y Valls fueron alcanzados. La universidad del estado, o en su defecto el CSIC, terminó integrando las instituciones de investigación catalanas y se consolidó como un espacio unificado de investigación y enseñanza superior donde sólo se usaba el castellano como lengua científica. El I.E.C. no se resignó a perecer sin más, pero se convirtió en una institución de carácter simbólico, y se fosilizó. Se ha recuperado en los últimos años, pero sólo es una sombra de lo que fue antes de la Guerra Civil.

Notas

¹ Sobre Valls Taberner, ver Colegio de Notarios de Madrid, *Homenaje a Ferran Valls i Taberner como jurista e historiador del derecho: sesión académica del 19 de febrero de 1991* (Madrid, 1991); Diputación Provincial de Barcelona, *A Ferran Valls Taberner (1888-1942)* (Publicaciones de la Sección de Prensa de la Diputación Provincial de Barcelona, Barcelona, 1964). Los epistolarios siguientes contienen mucha información interesante, aunque la falta de índices y unos criterios editoriales peculiares dificultan seriamente su manejo: J. Sobrequés i Callicó et al. (eds.) *Epistolari de Raimon d'Abadal i Calderó amb Ramon d'Abadal i de Vinyals i amb Ferran Valls i Taberner: 1909-1940* (P.P.U., Barcelona, 1992); J. SOBREQUÉS I CALLICÓ et al. (eds.): *Epistolari de Francesc Martorell i Trabal i de Pere Bosch Gimpera amb Ramon d'Abadal i de Vinyals i amb Ferran Valls i Taberner: 1908-1931* (P.P.U., Barcelona, 1991); J. SOBREQUÉS I CALLICÓ et al. (eds.): *Epistolari de Lluís Nicolau d'Olwer amb Ramon d'Abadal i de Vinyals i amb Ferran Valls i Taberner: 1905-1933* (P.P.U., Barcelona, 1989). Hay que mencionar finalmente la serie de 22 volúmenes de *Trabajos interdisciplinarios en homenaje a Ferran Valls i Taberner*, a cargo de M.J. Peláez, publicados entre 1986 y 1993; las introducciones a los mismos (de los que no he podido localizar los volúmenes 12, 13, 14 y 20) contienen por entregas muchos datos biográficos de Valls Taberner. Un resumen de su ideario se encuentra en F. VALLS TABERNER: *Ideari de Ferran Valls i Taberner* (A. Álvarez-Solis, ed. Dopesa, Barcelona, 1973).

² Publicada con este título en Barcelona en 1915.

³ *Discursos llegits en la «Real Academia de Buenas Letras» de Barcelona en la solemne recepció de Ferran Valls y Taberner, el dia 30 de maig de 1920* (Barcelona, 1920), p. 29.

⁴ Una bibliografía de F. Valls y Taberner se encuentra en *Obras selectas* (5 vol. en 7, CSIC, Barcelona-Madrid, 1952-1961), I (primera parte), p. 107-46.

⁵ Sacerdote, historiador de la Iglesia y académico de la de Buenas Letras, Vives Gatell fue nombrado en 1964 vicepresidente del patronato «Raimundo Lulio y Director del Instituto de Historia de la Iglesia. En 1970 asumió la presidencia de la Societat Catalana d'Estudis Litúrgics. Doctor *honoris causa* por la Universidad de Freiburg (Alemania), Vives era un medievalista de renombre educado en la Universidad de Fribourg (Suiza) y en el Instituto Pontificio de Arqueología Cristiana de Roma. Sobre la Junta del Ateneo, ver J. M.^a THOMAS: *Falange, Guerra Civil, franquisme. F.E.T. y de las J.O.N.S de Barcelona en els primers anys del règim franquista* (Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1992), p. 400.

⁶ No se conservan actas del funcionamiento de la Delegación anteriores a 1948, pero sí disponemos de una nota elaborada en 1962 por el Presidente, José Vives, a requerimiento de la Diputación de Barcelona: Vives Gatell a Brugués Llobera, 17 Julio 1962 (subrayado añadido al original).

⁷ Estas traducciones se publicaron como Fernando VALLS-TABERNER: *Obras selectas* (5 vol. en 7, CSIC, Barcelona-Madrid, 1952-1961).

⁸ A. MALET: *Ferran Sunyer i Balaguer (1912-1967)* (IEC, Barcelona, 1995), p. 101 ss.

⁹ A. BALCELLS, E. PUJOL, J. SABATER: *La Mancomunitat de Catalunya i l'autonomia* (Proa, Barcelona, 1996), p. 441-4, 449-53, 458-60, 465-78; A. GALÍ: *Història de les institucions i del moviment cultural a Catalunya, 1900-1936* (23 vol., Fundació Alexandre Galí, Barcelona, 1978-1986), IX (*Ensenyament universitari*), *passim*. Los epistolarios citados anteriormente (ver n. 2) contienen referencias interesantes sobre el tema; ver por ejemplo la carta de R. d'Abadal a Valls, del 8 de setiembre 1918, en *Epistolari de Raimon d'Abadal ... amb Ferran Valls i Taberner: 1909-1940* (Barcelona, 1992), p. 81-2.

¹⁰ J. PUIG I CADAVALCH: «Problemes actuals de la Universitat catalana», en *Conferències sobre la Universitat de Barcelona organitzades per l'Associació Professional d'Estudiants de Dret* (Barcelona: n.e., 1935), 7-32; A. PI I SUÑER: «Els Congressos Universitaris i l'autonomia», en *ibid.*, 33-60; GALÍ, *Història de les institucions*, IX, p. 167-76, 249-310.

¹¹ P. FABRA: «L'obra de la Universitat Autònoma», en *Conferències sobre la Universitat de Barcelona*, 129-152; J. ESTELRICH: «El problema cultural de Catalunya i la seva situació jurídica», en *ibid.*, 61-98; GALÍ: *Història de les institucions*, IX, p. 133-59.

¹² Los colaboradores del IEC están listados en IEC, *Directori del membres ... 1907-1997* (IEC, Barcelona, 1997); ver también las extensas bibliografías citadas en *L'Institut d'Estudis Catalans. Els seus primers XXV anys* (Palau de la Generalitat, Barcelona, 1935). Los profesores incorporados a la Universitat Autònoma son listados en P. FABRA: «L'obra de la Universitat Autònoma», p. 142-3. Sobre los Estudios Universitaris Catalans, ver GALÍ: *Història de les institucions*, IX, p. 249-54.

¹³ CSIC, Delegación de Barcelona, *Memoria 1948* (Barcelona, 1949), p. 9. RUBIÓ es el autor de la biografía de Valls que abre sus *Obras selectas* (volumen I, primera parte, 25-106).

¹⁴ Los conflictos con Fabra y sus colaboradores se mencionan con más vituperios que rigor y detalles en A. GRIERA: *Memòries* (Instituto Internacional de Cultura Románica, Sant Cugat del Vallès, 1963), 98-113.

¹⁵ PERICOT: «Mis recuerdos de Don José Ibáñez Martín», *Arbor*, 75, 1970, 31-36, p. 34-35.

¹⁶ J.M^a ALBAREDA Y HERRERA: *Biología política*, con prólogo de Salvador Mingujón (Talleres Editoriales El Noticiero, Zaragoza, 1923). Quiero agradecer muy sinceramente al Dr. Albert Presas i Puig que pusiera en mi conocimiento la existencia de este libro, que localizó en una biblioteca alemana. Tengo que agradecerle asimismo una copia del mismo, de difícil consulta en el día de hoy.

¹⁷ *Biología política*, p. 18, 64-65, 70-73. La referencia a «países peninsulares», en la p. 40; a «nacionalidades ibéricas», en la p. 59.

¹⁸ *Biología política*, p. 18-25, 43-45, 54-55, 81-82. Sobre las luchas obreras, la opinión contraria al uso de la fuerza armada, y la necesidad de un «catolicismo social», ver p. 28-30.

¹⁹ *Biología política*, p. 60-76 (sobre el problema del separatismo); la cita, en la p. 61.

²⁰ *Biología política*, p. 64.

²¹ *Biología política*, p. 84-5.

²² *Biología política*, p. 89-104.

²³ *Biología política*, p. 91-4. Referencias a la historia deformada de la Reconquista peninsular en la p. 94.

²⁴ *Biología política*, p. 91. La cita del discurso de toma de posesión como Presidente de la Mancomunidad (el 6 de abril de 1914), no es literal, posiblemente porque Albareda cita según una transcripción periodística. En el citado discurso, Prat proclamó: «des d'ara, ... Catalunya tindrà una institució que la representarà tota sencera, que donarà forma corporal a la seva unitat espiritual, que donarà una organització jurídica a la seva personalitat». (Según la versión del discurso reproducida en BALCELLS *et al.*, *La Mancomunitat*, 534-7, p. 535).

²⁵ *Biología política*, 32-40; la cita, en las p. 35-6.

²⁶ Recogidos en F. VALLS TAVERNER [sic], *En les hores confuses* (Barcelona [s.n.] 1934). Ver también los artículos de 1930 recogidos en *Paraules del moment* (Barcelona, 1930).

²⁷ F. VALLS, *En les hores confuses*, p. 48-54.

²⁸ *Sobre la dimensión política del nacionalcatolicismo*, ver S. G. PAYNE: *El Régimen de Franco, 1936-1975* (Alianza, Madrid, 1987), p. 374-80. Sobre la dimensión ideológica y doctrinal, que más nos interesa aquí, F. URBINA: «Formas de vida de la Iglesia en España: 1939-1975», en R. BELDA *et al.*: *Iglesia y sociedad en España: 1939-1975* (Editorial Popular, Madrid, 1977), 9-120.

²⁹ M. GARCÍA MORENTE: *Idea de la Hispanidad* (Madrid, 1961), p. 189 (citado en Urbina, «Formas de vida de la Iglesia en España», p. 88).

³⁰ Este artículo, junto a otros textos de naturaleza similar de los años 1937 a 1939, queda recogido en F. VALLS TABERNER: *Reafirmación espiritual de España* (Juventud, Madrid-Barcelona, 1939).

³¹ *Ibid.*, p. 99. El artículo fue publicado en *La Vanguardia* (entonces *La Vanguardia Española*) el 15 de Febrero de 1939; las tropas de Franco habían entrado en Barcelona en los últimos días de Enero.

³² *Ibid.*, p. 100-1.

³³ J. M.^a THOMAS: *Falange, Guerra Civil, franquismo. F.E.T. y de las J.O.N.S de Barcelona en els primers anys del règim franquista* (Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1992), p. 197-261.

³⁴ *Ibid.*, p. 252. El documento citado es un «Informe de F.E.T. y de las J.O.N.S. sobre las delegaciones provinciales de Barcelona, Tarragona, Lérida y Gerona», sin fecha, conservado en el A.G.A. (referencias en *ibid.*, p. 225). Obsérvese que la valoración sociológica del atractivo del franquismo estaba claramente desenfocada. La clase alta catalana en general colaboró sin problemas con el nuevo régimen, pero éste nunca consiguió atraer a las clases medias y medias bajas de Cataluña. El texto explicita la ingenuidad de sus autores al analizar las relaciones entre el capitalismo y el fascismo: «La clase capitalista, no sólo la catalana, sino toda la española, no podrá venir nunca voluntariamente a un régimen fuerte que somete a su gran señor el dinero a deberes con la Patria» (*ibid.*).

³⁵ F. VALLS TABERNER: *Obras selectas*, I (primera parte), p. 30.

³⁶ Se trata de la copia mecanografiada de un documento de dos folios con el título arriba citado y fecha 12 de mayo de 1947. La copia explicita que el original iba firmado por Solé Sabarís.

³⁷ *Ibid.*

³⁸ *Ibid.*

³⁹ Lista de publicaciones en *L'Institut d'Estudis Catalans. Els seus primers XXV anys*; p. 166. Éstas incluyen los madrigales de Brodieu, las obras de Joan Pujol (1573-1626), Joan Cabanilles (1644-1712) y del código de Las Huelgas.

⁴⁰ «Relaciones entre el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la Excelentísima Diputación Provincial de Barcelona».

⁴¹ La Junta de Ciències Naturals dirigía y administraba los museos de ciencias naturales y paleontológico, el jardín botánico, el parque zoológico, etc. Ver BALCELLS *et al.*, *La Mancomunitat*, p. 451, 452-3.

⁴² «Relaciones entre el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la Excelentísima Diputación Provincial de Barcelona».

⁴³ BALCELLS *et al.*, *La Mancomunitat*, p. 467-8; J.R. BARBANY: «L'Institut de Fisiologia, promoció de la recerca», en *Centenari de la naixença d'August Pi i Sunyer* (Barcelona: s.e., 1979), 103-11; *August Pi i Sunyer, l'home i l'obra* (Societat Catalana de Biologia, Barcelona, 1966), *passim*; GALÍ: *Història de les institucions*, IX, p. 289-97.

⁴⁴ «Relaciones entre el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la Excelentísima Diputación Provincial de Barcelona».

⁴⁵ BALCELLS *et al.*, *La Mancomunitat*, p. 452.

⁴⁶ «Relaciones entre el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la Excelentísima Diputación Provincial de Barcelona».

⁴⁷ J. VIVES GATELL: *San Isidoro nuestro maestro y su biblioteca. Discurso leído ... el día 4 de abril en la sesión solemne dedicada a San Isidoro* (CSIC, Barcelona, 1956), p. 8-9.

⁴⁸ «Anteproyecto de los edificios para la Delegación de Barcelona», p. [3]. El anteproyecto incluye anexos con valoraciones de fincas y planos de las calles en proceso de urbanización donde se construyó el actual edificio de la calle de Egipcíacques. Existe en dos copias; una incluye un anteproyecto para los edificios de ciencias y la otra no, pero el anteproyecto para el edificio de la calle Egipcíacques (destinado a la Presidencia y a los departamentos de letras) es el mismo en las dos. Los documentos están fechados «Barcelona 1949» y las páginas no están numeradas.

⁴⁹ *Ibid.*, p. [7], [4].

⁵⁰ Entre 1948 y 1956 la Delegación se ubicó en el Portal de l'Angel, 40.

⁵¹ «Los resultados caben por ahora en unos ficheros y en una carpeta de copias de documentos. Los tengo en mi casa y allí me reúno semanalmente con los becarios o auxiliares y estudiamos y elaboramos el material. Por el momento es suficiente, pero creo que es necesario independizar el centro de trabajo de mi domicilio ...». Esto forma parte del «Informe sobre la instalación de la sección de Literatura Catalana» (29 mayo 1949) que Rubió dirige a Solé Sabarís. Forma parte de una colección de documentos titulada «Necesidades de las secciones con vistas a su instalación en los edificios en proyecto».

⁵² Delegado de Telefónica en Barcelona a Solé Sabarís, 18 Febrero 1948; copia de la carta de V. de la Calle (Director Comercial) a Albareda, 26 Abril 1948; Solé Sabarís a Director de la C^a Telefónica, 4 Marzo 1949; Solé Sabarís a V. de la Calle, 3 Mayo 1949.

⁵³ Solé Sabarís a Jorge Vila Fradera, 16 marzo 1948.

⁵⁴ El 20 de Febrero de 1946 Solé Sabarís escribe a José-M^a Castro y Calvo anunciándole que desde Madrid le remitirán periódicamente publicaciones para que «Vd.

tenga la amabilidad de tenerlas presente en sus comentarios bibliográficos y artículos en el "Correo Catalán". En parecidos términos escribe a Millàs Vallicrosa, colaborador de *La Vanguardia*, y a Mateu Llopis, colaborador de *Solidaridad Nacional*, el 15 de Febrero de 1947. Sobre la coordinación entre Madrid y Barcelona, ver Casas Homs (entonces Secretario en funciones de la Delegación) a Luis Valls-Taberner (Sección de Publicaciones, Madrid), 7 febrero 1950; Rafael de Balbín (Jefe de la Sección de Publicaciones, Madrid) a Casas Homs, 25 febrero 1950; Casas a Valls-Taberner, 2 diciembre 1953.

⁵⁵ M. MAÑOSA: «Miquel Crusafont i Pairó», en A. Roca, J. Camarasa (dir.), *Ciència i tècnica als Països Catalans: Una aproximació biogràfica* (FCR, Barcelona, 1995), 2: 1443-1472.

⁵⁶ Pedro Voltes a Santiago Alcobé, 30 junio 1956.

⁵⁷ Santiago Alcobé a Pedro Voltes, 2 julio 1956.